

taba petrificado, sin ver, ni oír, exactamente a media calle de una gran avenida. Mudos y gigantescos centinelas de cemento y acero contemplaban mi tragedia. Los coches que casi no conocía, se multiplicaban saliendo de todas partes, haciendo lo imposible por no atropellarme. Vagamente recuerdo sonidos estridentes de claxons e imprecaciones violentas de sus conductores.

“Mudo de espanto me quedé cuando dos vigorosos brazos me levantaron en vilo, salvándome quizá de una muerte violenta, para depositarme en la orilla de la banqueta. Era un policía. Oía que me hablaba en tono de regaño, pero al verme convertido en un idiota, optó por llevarme a una delegación policiaca cercana. Al llegar ahí habló con unos hombres sin uniforme, los cuales me sentaron en una banca y desprendieron de mi brazo la única maleta que me quedaba, pues de los demás bultos ni supe, vaciando su contenido en un escritorio”.

“Curiosearon un buen rato con mis pertenencias. Yo los veía como un autómeta, sin poder mover un dedo. El más joven de ellos se me acercó. Empezó a hablarme pausadamente, con una voz serena y calmada. Sus ojos azules se posaron tranquilamente en los míos y comprendí en ese instante que aquel bondadoso hombre no me iba a hacer ningún daño, por lo contrario, quería ayudarme. Empecé a tartamudear y volviendo de mi ensimismamiento le dije que era mexicano, que iba a estudiar en el Colegio Comercial de Administradores. Se quedó, ahora él, perplejo. No conocía el idioma —“Are you mexican boy?”—, sin entender, le respondí que sí. Me preguntó algo del pasaporte y saqué de inmediato el mío de la bolsa secreta del saco. Afortunadamente allí venía un papel con el nombre de la Escuela y en seguida en un coche de la policía me llevó hasta las puertas del plantel. Me acompañó al interior del edificio y después de hablar con una persona, aguardamos la llegada de Mr. Williams, el Director. Pasé de unos ojos que irradiaban ternura, a los fríos y duros de quien iba a ser uno de mis maestros”.

Después Enrique me relataba sus primeras experiencias, sus impresiones de los demás internados y la naciente amistad con aquel

cubanito que le servía de intérprete y al cual recurrió inicialmente Mr. Williams para hacerse entender.

Daba compasión leer las primeras cartas de mi hermano. Pero yo sabía que poco a poco tendría que salir adelante. En las noches rezaba por él, pidiéndole a Dios que lo cuidara. Mi madre estaba inconsolable. Muchas veces la sorprendí llorando en silencio...

## XIII

A veces por las tardes acompañaba al tío Pedro por los sembradíos y potreros cercanos. “Al ojo del amo engorda el caballo”, solía decir sentenciosamente.

Encorvados sobre los surcos, los peones sepultaban la simiente. El tío, para no perder la costumbre, se apeaba del caballo y personalmente vaciaba en aquellas hondonadas lineales, los granos prometedores. Cosechaba maíz, frijol y trigo de preferencia, aunque había también algunos pequeños huertos de vegetales y verduras.

En la orilla del río en forma desordenada, bailoteaban con sus penachos esmeralda las varas verdes, amarillas y moradas de las cañas de azúcar.

Las épocas de “molienda” eran todo un acontecimiento. En estas faenas participaba toda la familia. Mis hermanos desatendían momentáneamente sus quehaceres en los campos, para ayudar en estos menesteres.

Unos engranes impulsaban dos lisos rodillos de fierro puestos en movimiento por algún animal de tiro sujeto a un largo palo, quien daba vueltas que se antojaban interminables. Así, con este procedimiento rudimentario, se extraía el jugo de la caña, que se convertía en una deliciosa bebida: el “aguamiel”.

Merced al cocimiento de este líquido hasta un “punto” determinado, observado y calculado por un perito en esta materia: el tío Pedro, se obtenían los deliciosos “piloncillos” que eran vaciados en moldes de barro parecidos a un cono.

Mis hermanas gozaban en estas faenas vigilando los “peroles”



de cobre, llamando a gritos al tío cuando calculaban que ya estaba en "su punto" aquella miel.

A veces se agregaban en los "peroles" corazones de nuez, siendo el "piloncillo con nuez" un dulce agradabilísimo al paladar.

Estas tareas se combinaban con las "calabazas en tacha" y los riquísimos "gajos de naranja agria" bañados por la miel de caña.

Mi madre, mis hermanas y a veces hasta la tía Virgen envueltas en llamativos "delantales", parecían hormiguitas laboriosas que se movían de un lado a otro impulsadas por una sana alegría. Ver así a los miembros de la familia era una bendición. Se olvidaban rencillas y todo mundo estaba de buen humor, "chupándose los dedos" con fruición.

La ausencia de Enrique ensombrecía aquellos días placenteros en los cuales se olvidaba todo lo malo.

Al caer el sol regresábamos en grupo a la cercana casa, listos a devorar las cabritos que llevábamos preparados para asar. Era uno de nuestros alimentos predilectos que repetíamos con frecuencia en guisos diferentes.

Cada noche después de la cena, el tío me pedía las cartas de Enrique y se quedaba mirándolas ansiosamente, pretendiendo inútilmente desentrañar su contenido. Habían pasado varios meses de su partida y pronto se acercaban las fechas angustiosas de la venta del ganado. Necesitaba urgentemente que alguien lo auxiliara pues quería a toda costa prescindir de los servicios de su compadre "Bevo". Desesperado me mandaba llamar y me daba instrucciones para que yo se las transmitiera a Enrique. "Dile que aprenda pronto, que me está costando mucho el Colegio. Por lo que respecta al dinero que pide para ropa y libros indícale que se "aguante" y que vaya a leer a las bibliotecas o como se llame".

Y dile esto y lo otro, pero siempre negándose a mandar más dinero que el absolutamente preciso y exacto de su colegiatura.

Yo comprendía, porque así me lo decía Enrique en sus misivas, que necesitaba estar más o menos bien vestido, pues le daba vergüenza andar como pordiosero siempre con la ropa ajena de su

amigo el cubano.

Por más que intercedía a las pretensiones justas de Enrique, el tío movía negativamente la cabeza "terco como una mula".

Yo deseaba que "volaran los días". Lo quería porque así cesarían las penalidades de mi hermano y las aflicciones de mi madre. Pero aún faltaban por pasar acontecimientos imborrables.

#### XIV

Para los ocho meses de estancia en Filadelfia, Enrique había dejado de ser el joven tímido y atolondrado que delataban sus primeras cartas.

Ya conocía en parte la ciudad y se consideraba un experto en "torear" automóviles. Los domingos previo permiso del Director, se marchaba con varios compañeros rumbo al puerto fluvial. Hacían excursiones en lancha por el enorme río viendo pender sobre sus cabezas el enorme y gigantesco puente colgante. En ocasiones iban a lonchar al majestuoso Fairmount Park, lugar en donde comenzó para Enrique su gran aventura.

Llegó una carta que leí parcialmente a los familiares. A pesar de que venían "muchas letras", como lo apuntó al notar su brevedad el tío Pedro, era imposible para mí revelar lo que confidencialmente relataba mi hermano.

"Estoy enamorado. Pero terrible y locamente enamorado.. Alicia es trigueña, aperlada. Largas crenchas doradas caen sobre sus hombros en catarata triunfal. Ojos azul claro, nariz pequeña y coqueta. Labios francamente sensuales e incitantes, rojos y jugosos como la granada. Su carácter alegre, abierto, despreocupado, con esa insolencia cruel de quien se sabe joven y hermosa. Cuerpo de estatua. Demasiado perfecto para su edad".

"Cuando mis ojos de aturdido y sencillo aldeano aun inocentes y puros, tuvieron la osadía de mirarla, y ella la ocurrencia de clavar los suyos en los míos, a partir de ese instante sin haber cruzado una palabra, fui y soy suyo".



No tenía remedio. Enrique estaba perdido. Aquel mocetón, ignorante aún de las lides del amor, iba a librar su primera batalla.

Las cartas se sucedían unas a otras haciendo sospechar al tío Pedro y a mis padres, pero principalmente a mi madre, que aquella parquedad de noticias para ellos, no era normal, a pesar de mis esfuerzos en urdir historias que fueran de interés familiar.

"Algo le pasa a Enrique", decía mi madre dejándose llevar por ese instinto maternal que nunca se equivoca.

A veces para disimular y sin despegar mis ojos de la carta, inventaba nombres de compañeros y maestros, describía las aulas de estudio, las recámaras, los campos deportivos, procurando agrandar lo que Enrique someramente mencionaba. Mi pobre cabeza tenía que trabajar de prisa para ocultar el verdadero motivo.

Muy pronto Enrique me iba a poner en "tales aprietos" que no tuve más alternativa: convertirme en su cómplice.

## XV

"Unos señores quieren ver a Don Julito y Doña Julita", anunció la voz gangosa de Panchita la fiel y vieja sirvienta.

Escuché un raro murmullo que partía de una de las recámaras de mis hermanas, luego unas risitas nerviosas, coincidiendo todo esto con la súbita palidez de Julia, mi hermana mayor, que a la sazón se encontraba sentada en una vieja mecedora del recibidor.

"Que pasen", ordenó obsequiosamente el tío Pedro, levantando su vista de unas fotografías de Filadelfia que había tenido la buena ocurrencia de mandar Enrique y las cuales, aclaraba, se las habían regalado.

Traspusieron el umbral de la puerta entornada, tres figuras masculinas. Iban contra su costumbre, ataviadas con sus mejores prendas domingueras.

Julia salió precipitadamente de la estancia rumbo a las recámaras.

Cambiados los saludos de rigor e invitados a tomar asiento, merced a una fulminante mirada que me dirigió el tío Pedro, de-

saparecí del lugar yendo a reunirme con mis hermanas que "cuchi-cheaban" en las habitaciones contiguas.

Por lo que pude ver y lo mucho que pude oír, aquella sorpresiva visita iba nada menos que en "comisión" para "pedir" la mano de mi dulce hermana Julia. Aquella misteriosa y reservada muchacha nos iba a dar oficialmente el título de "cuñados" y más adelante el de "tíos".

Faltó un "pelito" para que "se tirara la manteca" y el tío Pedro lo echara todo a perder.

Voluntarioso y celoso como si fuera el propio padre, interpelló a los visitantes molestándolos con preguntas groseras sobre "si el pretendiente era honrado y hombre suficiente para mantener a mi hermana". Uno de aquellos señores se atrevió a decirle: "mire don Pedro, venimos a pedir el consentimiento de los padres y queremos en su caso, la opinión y anuencia de ellos, no la suya". Aquello dejó herido al león. Por unos instantes pensamos que no habría casamiento, pero la voz de la madre se dejó escuchar melosa y lastimera en defensa y por la felicidad de la hija. Ellos estaban de acuerdo en el matrimonio de Julia. No se escuchó una palabra más. El tío, ya sin otra salida y para recuperar su autoridad momentáneamente perdida, replicó, "Buenas noches caballeros, ya les mandaremos avisar la fecha que fijaremos para la boda". Todos se levantaron estrechándose las manos, excepto la tía Virgen que seguía como clavada en su sillón. Parecía una momia nostálgica pensando quizá en la partida de una hija que no pudo ser.

Aquella noche al acostarnos, las muchachas estaban inquietas comentando en voz baja el acontecimiento. "Los "chistidos" del tío Pedro pusieron un manto sobre sus bocas.

Al amanecer unos pasos inquietos me despertaron. Eran los de mi madre. Llevaba en sus manos una vasija humeante envuelta en una toalla. Olguita, la más chica de mis hermanas, que me seguía en edad, estaba ardiendo en calentura.



Enrique peligrosamente se hundía cada vez más. "Ella descorrió el velo de mi inocencia. Me abrió las puertas del amor. El amor dulce y amargo. Placer y sufrimiento".

"Juntar mis labios a los de la mujer amada, sentir su propio estremecimiento, el susurro de su respiración anhelante, la tersura de sus labios en flor. El leve rozar de mi rostro en sus cabellos perfumados. El tierno mirar de sus ojos brillantes y enigmáticos. Llenar con mis brazos su cuerpo tentador y fragante, estrecharlo suavemente y luego mirar en sus ojos la invitación..."

A gritos, porque también así se escribe, Enrique demandaba más y más dinero. Tenía la urgente necesidad de proveerse para seguir alimentando aquella terrible pasión que lo consumía.

Y lo que tenía que pasar, sucedió.

Conocedor de la ignorancia del tío, pero sabedor también de su malicia, se arriesgó a "jugar una carta" decisiva. Era necesario que yo me prestase al juego.

No tuve más remedio que aceptar comprendiendo el grave estado anímico de mi hermano, creyendo con esto salvarlo de cometer algún delito. Por otra parte, la idea de "sacarle" dinero al avaro de mi tío, me causaba una morbosa e íntima satisfacción.

"Tío, tío, carta de Enrique". Y de nuevo presidiendo el consejo familiar, el patriarca escuchaba.

"Dile a mi tío Pedro que ya muy pronto regresaré, además de saber hablar y escribir el inglés, he aprendido muchas cosas para ayudarlo a llevar más en orden sus negocios haciéndole economías considerables". Al entender el hombrón que Enrique le iba a ahorrar dinero, le chispeaban los ojos alegremente haciendo guiños de aprobación.

"Dile también, por si le interesa, que acaba de llegar a Fila-

delfia un profesor de idiomas que enseña a hablar a los perros. Muchos de los ricos de por acá están muy entusiasmados llevándolos a inscribir".

"Ojalá que la tía Virgen quisiera desprenderse por una corta temporada de 'Cazador'. Estoy seguro, ya que le tiene tanto cariño, que le gustaría verlo hablar como nosotros y platicar con él".

El dardo dió en el talón de Aquiles. De soslayo percibí en el rostro de la tía, reflejada una de sus muy contadas sonrisas.

"En caso de que les convenga (aquí ya escribía en plural), hazles ver que la matrícula es limitada y pronto se vá a cerrar, abriéndose quizá de nuevo hasta el próximo año".

Terminaba su audaz carta diciendo:

"Saludos cariñosos para todos. Muchos recuerdos y besos a mamá. No se te pase felicitar a Julia en el día de su boda, sintiendo mucho no poder estar presente".

Por breves instantes la expectación reinó en la sala. La estancia transpiraba una atmósfera de suspenso.

"Es increíble. No es posible eso que dice Enrique" tartajeó trémulo el tío.

De mi propia cosecha, agregué: "Usted se imagina tío, a 'Cazador' hablando, le ahorraría muchas vueltas y sobre todo sería un espía ideal para vigilar a los peones en sus trabajos".

Aquella "leña" avivó aún más el fuego del entusiasmo.

La decisión fue pronta sin darle margen a la reflexión.

"Ahorita mismo le escribes a Enrique pidiéndole más informes y preguntándole cuánto cuesta la "enseñada del perro". Un rictus de codicia asomó en aquel semblante de duro continente. En seguida, dirigiéndose hacia mis demás hermanos, agregó: "Y ustedes mucho cuidado con decir a nadie que "Cazador" va a hablar como la gente". "Es necesario que todos guardemos absoluta reserva", apuntó con énfasis dramático.

Sólo Dios sabía lo que aquella mente elucubraba. La imaginación, con su corte de fantasías, había capturado una presa fácil.



Los ojillos secos y apagados de la tía Virgen, brillaron con una luz desconocida. Yo adivinaba que en esa forma singular, daba el respaldo a las palabras del tío y consecuentemente, su más amplia aprobación.

La suerte estaba echada.

## XVII

En vísperas de la boda todo era algarabía en la casa.

Mis hermanas adornaban las paredes de por sí elegantes del corredor, según mi parecer, con listas kilométricas de colores azul y blanco, ya que esta combinación era la divisa de "Las hijas de María".

Unos trabajadores "especialistas" cubrían el rojizo piso de cemento con metros interminables de manta blanca.

Cada arco de aquel majestuoso corredor ostentaba también gigantescos "moños" de tela azul y blanca, en serie alternada, sujetando cada uno de ellos gladiolas amarillas, rojas, lilas y anaranjadas.

Tiestos de flores en una variedad infinita, formaban valla a todo lo largo, cual firmes soldados abigarrados. Sillas de madera en numeración progresiva, esperaban inmutables a todos los invitados.

Contrastando con la alegría de las risas y el ajeteo, una de las recámaras permanecía cerrada. En su interior, dos personas mirándose en silencio presintiendo lo inevitable, sufrían: Olguita, que continuaba enferma y cada día peor y mi santa madre, mártir abnegada. Aquel cuadro era doloroso. Mi hermanita seguía postrada y con altas temperaturas. El médico traído especialmente hablaba de fiebre reumática complicada con otras afecciones difíciles de explicar. Se concretó a recetar algunos medicamentos que personalmente fui a traer a la ciudad en viaje especial, deteniéndome por breves minutos en la casa de mis tías portando saludos de mis gentes y con el encargo de recordarles no faltaran a la fiesta de bodas de Julia.

Los trinos de los canarios y los zenzontles, en escalas armónicas, anunciaron la llegada del gran día.

Comenzaron las carreras y las precipitaciones: que el vestido de la novia, que la corona de azahares y todas esas pequeñas y grandes cosas que suceden en los momentos previos de todos los matrimonios del mundo.

La "nota negra" estuvo al borde de causarla el tío Pedro. Terco y obcecado, se empeñaba a entrar en el templo del brazo de Julia para entregarla a su prometido, tarea que la costumbre ha impuesto al padre. De nueva cuenta la tía Virgen evitó el escándalo, frustrando las intenciones de aquel padre "postizo".

La ceremonia con música sacra de fondo, estuvo lucidísima. No cabía ni una sola alma en la única nave de la vieja Iglesia. Tal parecía que todo el pueblo se había dado cita para no perder detalle del casamiento.

Abajo del portal y en el jardín, se sirvió la espléndida, abundante y diversa comida. Había "barbacoa de cabeza de res", "cabrito asado", "machacado con huevo", "cabrito en su sangre o fritada", "carnita de puerco al estilo Jalisco", "gallina en mole poblano", "menudo" y muchos succulentos platillos más. Todo esto acompañado con exquisita cerveza de la región.

El tío Pedro andaba más alegre que "unas castañuelas". Se prodigaba atendiendo a los invitados con una satisfacción completamente desconocida para mí. Pensaba, para mis adentros, que aquel hombre nos quería en verdad, tal como si fuéramos sus verdaderos hijos. Me reprochaba juzgarlo tan duramente y aunque me pesara recordarlo, volví a vivir aquella escena que me tocó presenciar en las puertas de una miserable choza de las rancherías circunvecinas. Fue tan rápido, que no alcancé a concebir en su grandiosa magnitud, aquellas palabras de una anciana andrajosa, que saliéndonos al paso, se abrazó de una de las piernas del tío, diciéndole: "Don Pedro, Don Pedro, muchas gracias por lo que hizo por nosotros. Dios lo bendiga". El tío, apartando a la vieja sin pronunciar palabra, fustigó el corcel para proseguir la marcha. Silenciosamente lo seguí, zumbándome en mi cerebro las frases que acababa de escuchar y no acertaba a comprender.



Los novios, defendiéndose de los puñados de arroz que arrojaban alegremente las amistades, decían "adioses" interminables entre risas y abrazos. Por fin se fueron a cumplir con su destino.

El bullicio se fue apagando. También una luz se extinguía paulatinamente en el interior de la casa. Olguita seguía grave.

### XVIII

Tras la respuesta de Enrique muy temprano embarcamos con todas las comodidades y precauciones a "Cazador". La tía Virgen lo despidió con mimos y besos como si se tratara de un hijo que fuera a la guerra.

Por la tarde nos sorprendió la inesperada visita de don Esteban, el profesor del pueblo, quien previamente había sido mandado llamar por el tío Pedro. Adiviné el motivo de su presencia y me dió un brinco el corazón de sólo pensar que el tío pudiera leer las cartas de Enrique y descubrir el secreto.

No estaba equivocado. El tío había decidido aprender a leer y a escribir. "Es una vergüenza -nos dijo-, que el perro pronto vaya a saber hablar y yo ni siquiera sepa leer".

En los días siguientes recibimos unas bellas postales de Julia. Guadalajara, México, Acapulco. ¡Maravillas de la tierra mexicana!

También hubo noticias de Enrique. "Dile al tío Pedro que "Cazador" ya está en la escuela de perros. El profesor me dijo que era muy inteligente pues ya había aprendido a "deletrear". Es necesario que envíe cincuenta dólares más de lo previsto, porque está necesitando una alimentación especial que lo ayudará en sus tareas".

Enrique no perdía tiempo en "extraer el oro de la mina" y escribía casi a diario.

"Ya pronunció sus primeras palabras. Ya no ladra, ahora habla. Me dijo que saludara a la tía Virgen y al tío Pedro, y les mandara cariñosos recuerdos".

Aparejada venía la demanda de más dinero.

"Hoy salí con "Cazador" para enseñarle la ciudad. Le compré unos chocolates que me dijo le habían gustado mucho". El pobre "ya brincaba" por regresarse al pueblo. Me prometió estudiar con ahinco para graduarse lo antes posible. Siente nostalgia por las caricaturas de la tía Virgen".

Quien sin duda sentía nostalgia y no precisamente por las caricias de la inocente tía, era el insensato de Enrique. Su amor volcánico había llegado a su clímax, derrochando todo el dinero en satisfacer los caprichos de aquella "vampiresa" que lo tenía preso en sus redes.

Ya le había advertido el peligro que corríamos, pues el tío Pedro con delirante entusiasmo aprendía rápidamente haciendo progresos reales.

A veces me acusaba la conciencia de seguir haciéndole el juego a mi hermano. Me dió coraje y tristeza al enterarme de que "Cazador", no bien había llegado, cuando fue "despedido" con ciega y jubilosa patada que le propinara Enrique. Aquel can había ido a sumarse a los millares de perros vagabundos de Filadelfia. No concebía en mi hermano aquella falta. Siempre había demostrado tener un corazón de oro para con los animales. La verdadera culpable era ella.

### XIX

Por la madrugada abordé el tren que iba a la ciudad con el encargo urgente y desesperado de traer al doctor, pues Olguita había entrado en agonía.

Al sentarme en las duras butacas de barrotes y ya casi en marcha el tren, ví pasar por fuera de la ventanilla una cabeza cansa que se movía precipitadamente. Era el tío Pedro en persona que se había decidido acompañarme a última hora.

Tomó asiento a mi lado respirando fatigosamente. Creía notar en su cara señales de abatimiento y debilidad.

En el camino, sus redondos ojos horadaban el firmamento. Iba



pensativo y triste. Yo no me explicaba el cambio que se había operado en aquel vigoroso hombre.

Mi sorpresa creció cuando comenzó a hablar, alarmándome francamente al oírle una voz que no parecía la suya. Las palabras sonaban quebradas y huecas.

Se lamentaba de la cruel enfermedad de Olguita, creyendo que no se salvaría. "Ojalá Dios nos haga un milagro y sane a la criaturita", exclamó emitiendo un gran suspiro.

En varias ocasiones el tío Pedro había demostrado únicamente para mi hermanita enferma, una especial predilección. Mis otras hermanas celosas de tal preferencia, le decían "la consentida" del tío.

Lo cierto era que aquella muralla se derrumbaba, tocándome a mí presenciar el principio de su caída. Continuó haciendo confidencias como si hablara consigo mismo, sin voltear a verme. Decía que se sentía él también enfermo y aunque nunca había "ocupado" a los doctores, ahora aprovecharía el viaje para hacerlo. Distraídamente hablaba casi en secreto con los ojos fijos en el cielo, tal como si estuviera confesándose con el mismo Dios.

Sólo unas cuantas horas permanecemos en la ciudad, regresando en el tren de la tarde, acompañados del médico y otro facultativo especialista amigo suyo.

Después de examinar detenidamente a la enfermita, acordaron trasladarla de inmediato a un hospital, para lo cual se hicieron los arreglos necesarios acompañando a Olguita mi madre y una de mis hermanas. Los profesionistas abrigaban esperanza de salvarle la vida al tenerla en un centro de salud, donde los elementos y auxilios estuvieran a la mano.

A media noche regresamos nuevamente a la casa después de acompañar a la comitiva.

El tío en lugar de irse a dormir, se arrellanó en uno de los sillones del portal mirando las estrellas que brillaban en el cielo. Al notar que yo estaba cerca de él, acarició por primera y única vez en su vida mi cabeza, y exclamó sordamente: "Tú, hijo, eres tan pequeño como Olguita. Los niños tienen derecho a vivir la vida.

No es justo que la muerte se los lleve. Daría mi vida por la salvación de la "coyotita" (\*). Yo ya estoy viejo y cansado, he vivido mucho y Dios me ha favorecido siempre. No pido, ni ambiciono más".

"Me gustaría morir en un día fresco y nublado. Esos han sido los días en que más suerte he tenido en los negocios".

De repente calló. Sus ojos se humedecieron dejando escapar dos lágrimas temblorosas.

Incrédulo y avergonzado me alejé en silencio respetando el dolor de un hombre.

## XX

Enrique regresaba. El tío Pedro orgullosamente leyó en voz alta la carta dirigida a su nombre.

"Anoche, después de la brillante graduación en la cual sacó el primer lugar "Cazador", me lo llevé al cine para que mirara y oyera una película mexicana. Estaba gustosísimo. Me encargó de comunicarle que lo felicitara a usted por haber aprendido a leer y a escribir. También me suplicó que agregara unos dólares "extras" al valor de los pasajes, pues quería hacerle un obsequio al Profesor, así como comprarles algunos regalos a sus compañeros de Escuela. El pobre lloró de emoción al recibir su diploma, diciéndome que ése sería su mejor presente para la tía Virgen".

Y por allí la sarta de invenciones y boberías salidas de la imaginación de mi hermano.

Aún no me explico tamaña candidez del tío en "tragarse" las mentiras, sin dar asomos de sospecha. A pesar de su notable cambio temía fundadamente de lo que fuera a ocurrir cuando llegara Enrique sin "Cazador".

Por mi parte, también recibí las últimas noticias. Sus letras estaban preñadas de amargura. Su gran amor lo había traicionado abandonándolo por su amigo el cubano.

(\*) En el norte de México se dá este nombre al miembro más pequeño de la familia.